HÄNDEL, A TRESCIENTOS AÑOS DE SU NACIMIENTO

Por Lácides Martínez Ávila

Un día del año 1693, en la capilla ducal de Sajonia, los asistentes al servicio divino se vieron sorprendidos por las notas improvisadas del órgano, henchidas de una belleza tan deliciosa como inaudita, hasta el punto que el Duque mandó de inmediato averiguar quién era el músico, y grande fue la sorpresa de todos al descubrir que éste era un niño de apenas ocho años. Se trataba de Jorge Federico Händel, quien había sido llevado por su padre a aquella corte, donde tenía un pariente.

El niño, obedeciendo a un irrefrenable impulso, se apoderó del instrumento y lo ejecutó dejándose llevar de su inspiración. El hecho trajo como consecuencia que el duque hiciese llamar al padre de Jorge Federico y le arrancase la promesa de consagrarlo a la música en vez de a la jurisprudencia, como inicialmente lo pretendía.

Trescientos años se cumplen por estos días del nacimiento del célebre compositor alemán, acaecido el 25 de febrero de 1685, en Halle.
Después de su demostración en la corte del duque de Sajonia, Händel fue llevado de nuevo a Halle, donde se le asignó como preceptor al organista Zuchau, de quien aprendió, en dos años, las obras de los organistas más famosos de Alemania y otras muchas cosas del arte musical.

A la edad de trece años y trasladado a Berlín, recibió lecciones de Juan Bononcini y Atilio Ariosti. Tras haber regresado a su ciudad natal y habiendo perdido a su padre, abandonó aquélla definitivamente y se fue a Leipzig, en 1703. Allí fue segundo violín de la orquesta de la Ópera, que más tarde llegó a dirigir. Por aquellos tiempos, compuso cantatas, del mismo modo como, bajo la docencia de Zuchau, había compuesto fugas. También cultivó el sentimiento melancólico.

De Leipzig pasó a vivir en Hamburgo, donde, en 1705, vio representada su ópera "*Almira"*, lo mismo que el estreno de su obra *''Nerón''*. Luego, compuso un *"Laudate"*, un oratorio (*"La Resurrección"*), escrito en Roma, y, a su regreso de esta ciudad, las operas *"Florinda"* y *"Dafne''*. Viajó de nuevo a Italia para componer, a petición del príncipe de Toscana, su ópera *''Rodrigo"*, ejecutada en Florencia en 1708. En Venecia, fue representada su nueva ópera, *"Agripina''*; en Roma, escribió la cantata ''Il trionfo del tempo", y en Nápoles compuso, para una princesa española, la pastoral *''Aci, Galatea y Polifemo"*.

Hallándose en Londres, procedente de Hannover, compuso, en catorce días, la ópera *"Reinaldo"*, que, aunque no es muy notable, produjo, sin embargo, al editor Wolsh mil quinientas libras esterlinas. Luego de regresar a Hannover y de vuelta en Londres, dio el *''Pastor Fido"*, en conmemoración del natalicio de la princesa Ana (6 de febrero). Compuso también un *"Tedeum"* y un *"Jubilate"*.

Más tarde, y habiendo superado un inconveniente de origen político con la corte inglesa, compuso las óperas *“Radamisto”* y *“Muzio Scévola”* (ésta colaboración) y, sucesivamente, *“Ottone”*, *“Floridante”*, *‘‘Flavio’’*, *“Giulio”, “Cesare”, “Tamerlano”, “Rodelinda”* y otras.

Durante un largo período, le sobrevino una serie de desgracias de tipo profesional y hasta físico, en virtud de la cual sus rivales se empeñaron en opacarlo, objetivo que alcanzaron en parte, haciéndole perder celebridad, y, por otra parte, experimentó trastornos mentales y la parálisis de un brazo. Sin embargo, optando por abandonar el campo dramático, abrazó el de los oratorios, y he aquí que la fama alcanzada en este género fue algo verdaderamente extraordinario, al igual que los beneficios obtenidos. Dominaba en estas composiciones un estilo fugado, que se vio favorecido y correspondido por el talento del autor en la ejecución del órgano, sin par en Inglaterra. Se dice que las audiciones de estas obras llegaban a producir hasta novecientas libras esterlinas por noche.

El más notable de tales oratorios es *“El Mesías”*, considerado la obra maestra de Händel, no obstante haberlo escrito en veinticuatro días. Su última obra fue un manuscrito dedicado a la reina de Inglaterra. En 1751, quedó completamente ciego y, ocho años después, el 14 de abril de 1759, falleció en Londres, y recibió sepultura en la abadía de Vestminster.

He aquí el juicio que de Händel, emitió el escritor y compositor belga Francisco José Fetis: “El carácter dominante del talento de Händel es la grandeza, la elevación, la solemnidad de las ideas. En derredor de esta cualidad, que ha llevado hasta lo sublime, se agrupa otra clase, de méritos secundarios que hacen de muchas de sus obras verdaderos modelos de perfección en su género; así, la modulación, rica a menudo e inesperada, es siempre dulce y natural; asimismo, el arte de disponer las voces y hacerlas cantar sin esfuerzo parece haberle sido tan fácil como a los maestros italianos de la buena escuela, por más que la compacta contextura de su armonía presente obstáculos a esa facilidad”.